



Aquel día... no pude cumplir mi sueño

Celia García Macías
Peñaranda de Bracamonte. 14 años

Celia nació y vive en Peñaranda. Una de sus pasiones es la música, toca la flauta travesera desde los ocho años en la Escuela Municipal de Música y, desde este curso, continúa con sus estudios musicales en el Conservatorio de Música de Salamanca. Le gusta leer y escribir, escribe cuentos y poemas, y ha participado en algunos concursos. Este año comienza 4º de ESO en el Colegio *La Encarnación* y está muy ilusionada con sus proyectos. La compañía de sus amigas es para ella imprescindible: se divierte mucho con ellas y sabe que las tiene siempre a su lado para lo que necesite.

Y así es Celia, y *su sueño* es...

Aquel día... no pude cumplir mi sueño

Celia García Macías

Aquel día no pude cumplir mi sueño.

Era una mañana nublada, las nubes evitaban que el sol saliera. Un aroma inconfundible llenaba la casa de pequeñas ilusiones. Aquel aroma a café me traía buenos recuerdos. Quizás cuando mi padre me preparaba el desayuno por las mañanas para que no tardara en acudir al colegio. Aquella rutina que siempre recuerdo con cariño y una sonrisa en la cara. Me encantaba hablar con mi padre, era feliz a su lado.

Siempre hacíamos cosas juntos, excepto cuando tenía que estudiar para mis exámenes, aunque rara era la vez, en eso mi padre siempre fue muy exigente.

Pedro, mi padre, me llevaba al colegio y también me recogía.

Siempre recuerdo, no con recelo sino con admiración hacia mí mismo, la fría mirada de todos mis compañeros cuando montaba en aquel fabuloso coche. En realidad, no era el mejor coche del mercado, pero solo el hecho de que fuera de mi padre hacía que lo fuese.

No me importaba en absoluto lo que los demás pudieran pensar de mí y de mi vida, era feliz tal y como era.

Todos los sábados mi padre y yo viajábamos hasta un parque de la ciudad, donde, juntos, jugábamos al fútbol.

Por mucho que mi padre se esforzara en conseguir mejor puntuación que yo, siempre acababa superándole.

Cuando terminábamos de jugar, nos acercábamos hasta una pequeña fuente del parque donde saciábamos nuestra sed. Terminábamos la tarde volando aquella cometa de colores vivos que me regaló mi madre.

Cuando me la regaló, solo tenía tres años y nos encanta-

ba salir al campo a volarla, con el viento chocando entre nuestros dedos y dejando nuestras melenas unos pasos más atrás que nosotros. También me encantaba ver pasar los aviones mientras tanto, siempre quise ser piloto de avión y mis padres me apoyaban en seguir con mi idea adelante.

Los tres éramos felices saliendo juntos. La verdad es que, hasta yo, pasaba un buen rato cuando estábamos unidos. Pero, todos esos momentos de felicidad empezaron a desvanecerse allá, por agosto de 1985. Nos acabábamos de mudar a una casa, bastante grande para mi gusto, a las afueras del pueblo.

Antes, vivíamos en un piso, tampoco muy pequeño, en medio de la ciudad porque mamá tenía que trabajar allí, o al menos, eso decía.

A papá en realidad, le daba igual donde viviéramos. Cuando yo nací, él decidió cuidarme y quedarse conmigo en vez de trabajar. Así que, la única que llevaba el dinero a casa era mi madre, pero, parece ser que no llevaba poco, porque si mi memoria no me falla, nunca nos faltó de nada, al contrario, vivíamos muy bien y teníamos todos los caprichos que queríamos, sobre todo yo, que era el pequeño de la casa.

Cuando nos mudamos, yo acababa de cumplir los once años, una edad que empezaba a ser difícil y mamá me regaló una increíble maqueta con la que jugaba a todas horas.

Sentado en el gran jardín de la casa nueva, aún recuerdo cuando papá leía el periódico con un sol resplandeciente que se reflejaba en sus grandes lentes, que me encantaba quitarle cuando era pequeño y poder jugar con ellas, mientras mamá hacía galletas de esas que tanto nos gustaban a papá y a mí. Yo jugaba tranquilamente con mi maqueta, tumbado en aquella espesa capa de hierba cuyo olor de alguna manera podía llegar a estremecerme. Papá se dio

cuenta de que alguien se asomaba por las grandes y verdosas verjas que rodeaban la casa.

—¿Quién eres? —exclamó papá.

Aquel hombre tenía buena apariencia. Era alto y muy moreno, el negro de su pelo hacía juego con el tono de sus zapatos. La sombra de sus ojos hacía olvidar la pequeña cicatriz que escondía al lado derecho de la nariz. Llevaba gafas, eran cuadradas y grises, no eran muy grandes pero por su grosor parecían tener muchas dioptrías. Pude explicarme el porqué de su mirada triste.

Iba vestido con una camisa de cuadros naranjas y azules que a mí no me gustó nada. Me gustaban mucho más las que ayudaba a elegir a mi padre cuando me pedía opinión. Pero aún así, aquel hombre me cayó bien.

Llevaba unos pantalones negros y los zapatos relucían ante sus demás vestimentas.

Ese tipo tardó un tiempo en contestar a mi padre, parecía pensárselo mucho pero, por fin, consiguió hablar:

—¡Hola! —dijo—. Soy Juan, vivo en aquella casa azul del fondo de la calle. Como me habían dicho que habían venido unos nuevos vecinos al barrio, quería darles la bienvenida.

—¡Ah!, pase —contestó mi padre—. No hay ningún problema. Yo soy Pedro.

Papá nos presentó a aquel hombre a mamá y a mí. Me pareció agradable y muy educado.

Mis padres y él estuvieron un buen rato charlando sobre cada uno para que pudieran conocerse mejor.

Mi madre preparó un té e invitó al nuevo vecino y también a mi padre.

Yo me subí a mi habitación para dejarlos tranquilos.

Estuve un rato estudiando pero me aburría, yo era de los

que se aburren pronto de estudiar. Aunque siempre había soñado con ser piloto de avión, nunca lo conseguiría.

Saqué mi bloc de dibujo y me puse a terminar aquella lámina que dejé empezada un día que nevó porque salí a la calle a hacer un muñeco de nieve. Entre lienzos y líneas transcurrió la tarde.

La calle ya estaba oscura y decidí bajar para cenar. Mis padres estaban en el salón, esperando a que yo bajara.

Durante la cena, el único tema era Juan, el nuevo vecino. Resultó ser gerente de una empresa cercana y, además, vivía solo, estaba separado de su mujer desde hacía ya unos años y decidió venirse a vivir aquí.

Ese día me fui a dormir con una gran satisfacción: ya conocía a uno de mis nuevos vecinos.

Pasaron los días y Juan cada vez me parecía más bueno. Diariamente nos hacía una visita, casi siempre por la tarde cuando salía de trabajar.

Jugábamos los cuatro al parchís o a las cartas y, así, la tarde se nos hacía a todos más apetecible.

Pasaba buenos ratos con Juan, tantos, que olvidaba mis obligaciones. Pero la profesora tardó poco en llamar a casa para alertar a mis padres de la situación. Aunque a mí, realmente, no me importó demasiado. Seguí en mis trece y me dio igual la llamada de la profesora y la riña de mi padre. Aunque no por mucho tiempo, mi padre decidió ponerme un castigo y, así, de esa manera, volvería a cumplir siempre con mis obligaciones. Me prohibió bajar a ver a Juan cuando nos visitara y, por supuesto, tenía que estudiar.

Me enfadé con mis padres y me encerré en mi habitación. No me parecía justo del todo. Por una parte, podía entender la postura de ellos, pero por otra parte, era la primera vez que me adaptaba tan bien a un nuevo entorno. Por aquellos

días mi padre ya trabajaba en la empresa de Juan, que había conseguido colocarle allí muy amablemente.

Yo ya era mayor, y aunque muy pocas veces lo demostraba, sabía cuidar de mí mismo y ser responsable.

Todos los días mis padres salían a trabajar por la mañana y, hasta las tres aproximadamente, mi madre no llegaba. Mi padre solía llegar más tarde, alrededor de las ocho.

Yo, como me sabía los horarios de ambos, muchas veces, como mi padre ya no me llevaba al colegio, me lo saltaba. La profesora que notaba mi ausencia, llamaba a mi casa y como el único que estaba era yo, me hacía pasar por uno de mis padres y nunca llegaron a descubrirlo.

Empecé a perder gusto al colegio cuando nos mudamos, mi padre ya no me llevaba y ya no era lo mismo.

Pasados unos días, una mañana en la que estaba haciendo la misma operación de siempre, me di cuenta de que no era yo el único que estaba en casa. Bajé las escaleras y encontré a Juan tomando un refresco en el jardín.

Nunca pensé que mis padres diesen tanta libertad a los vecinos pero, por ser Juan, tal vez sí.

Le pregunté qué hacía a esas horas en mi casa, que si no había ido a trabajar.

Al principio, tartamudeó un poco y le costó hablar; como el primer día que le conocimos, pero luego me contestó que se encontraba un poco mal para ir a trabajar.

—Y tú, ¿no tendrías que estar en el colegio? —me interrogó.

No vi normal esa pregunta y la ignoré, soy así.

Oí un ruido que me hizo reaccionar, como una pisada y luego, otras muchas seguidas. Eran pisadas de un pie descalzo y, seguramente, estaban en el piso de arriba.

—¿Has oído eso? —le pregunté a Juan.

—¿Eso? ¿El qué? —contestó él.

Parecía increíble que no lo hubiera oído, se hubiera enterado cualquier persona.

—Voy a subir, a ver qué pasa —dije firmemente a Juan.

—No, ¿por qué vas a subir? ¡Déjalo, hombre! Que no pasará nada —intentó pararme él.

—¿Se puede saber qué te pasa? Voy a ver qué es lo que ha sonado —le contesté.

Subí al piso de arriba y vi a mi madre salir de su habitación. Me pareció muy extraño. Tampoco me preguntó que por qué no había ido al colegio.

Yo no entendía nada. Los dos estaban muy nerviosos, querían cambiar de tema.

Mamá bajó al salón para hacer la comida y yo me quedé a la puerta de su habitación, donde no solía entrar nunca y, desde allí, pude oír los susurros de mi madre hablando con Juan. Debían de estar hablando algo muy importante, pero como no conseguía escucharles, decidí entrar en la habitación y descubrí algo que me chocó mucho y me entristeció a la vez.

Mi madre había estado con Juan. Había ropa suya y del vecino tirada por el suelo de la habitación. Eso los delataba.

Claro, después de ver aquello, todas las ideas en mi cabeza flotaban, acababan de unirse como piezas de un puzzle desagradable.

La noche anterior mi padre había tenido que hacer guardia porque Juan le había comentado que faltaba personal en la empresa y el jefe le había pedido que si podía ir, y mi padre, como otra cosa no, pero generoso y responsable es, acudió a aquella trampa, que solo era para evitar ver a su mujer con aquel vecino tan maravilloso que había conocido cuando vinimos aquí.

No lo podía creer, ¡la mujer que me había dado la vida, estaba con el mejor vecino que había tenido nunca!

Salí de aquella habitación, donde no volví a entrar nunca más, por aquellos malos recuerdos.

Me bajé al salón, puse la televisión y no atendí a preguntas de nadie.

Esperé a que llegara mi padre. No iba a contárselo de momento, pero sí de algún modo quería refugiarme en él y protegerle.

Cuando llegó, le abracé, le di un cálido beso en la mejilla y me agarré de su mano.

Esa noche le pedí que durmiera a mi lado.

Al día siguiente, por la mañana, decidí hacer que me iba al colegio, pero en realidad no lo hice. Me quedé en el cuarto del jardín, donde mi padre y yo montábamos las maquetas.

Imaginé que Juan aparecería por la puerta. Y, así fue, llegó y besó a mi madre. Un incómodo escalofrío recorrió mi cuerpo. Desde aquel momento mi madre dejó de serlo para mí. Una madre no hace eso a la gente que quiere. Subieron a la habitación de mis padres. Allí se volvieron a desnudar. Mi madre no era feliz con aquel hombre, yo lo veía en sus ojos.

Cogí mi teléfono y llamé a mi padre, le dije que me encontraba mal, que la señorita me había llevado a casa y que estaba en su habitación.

Él llegó al instante y subió hasta la habitación. Cuando abrió la puerta, creo que sintió lo mismo que yo cuando la abrí la mañana anterior.

Bajó las escaleras con una cara que pocas veces le había visto. Desolado, desanimado, triste. Y ahí fue cuando yo llegué corriendo, le abracé, le di otro cálido beso en la mejilla

Aquel día... no pude cumplir mi sueño

y volví a coger su mano. Él me cogió la mía y la agarró fuertemente. Descubrió que en mí podía refugiarse.

Mi padre y yo decidimos abandonar la casa y aquel mismo día hicimos las maletas y cogimos nuestras cosas personales más queridas.

Yo preferí dejar la maqueta en aquella casa.

Mi padre quiso despedirse de la que un día fue mi madre.

Entró en su habitación y la sorpresa que se llevó fue aún peor, no sé si realmente peor o mejor, pero fue una sorpresa muy grande.

En la cama extendida estaba mi madre, llena de sangre. Estaba muerta.

Juan la había matado y había huido con todo nuestro dinero. La caja fuerte estaba abierta forzosamente.

Papá decidió dejarla allí y que él y yo nos fuéramos sin decir nada, pero hicimos mal.

Cuando la policía se enteró, no tardó en buscar a mi padre y llevárselo con ellos. Me explicó que yo me quedaría con una chica que cuidaría de mí. Y, con lágrimas en los ojos, me dijo una frase que nunca olvidaré:

—El futuro pertenece a aquellos que creen en la belleza de sus sueños. No dejes nunca de luchar por ellos.

Con esto, se fue alejando cada vez más.

Aquel maravilloso vecino que habíamos conocido cuando llegamos aquí había separado a mis padres, matado a mi madre, nos había robado, cosa que aún no entiendo bien por qué, y había hecho que mi padre cumpliera por algo que nunca haría.

Aquel día, y durante treinta años seguidos, no pude despertar a su lado.

Aquel día no pude cumplir mi sueño.